

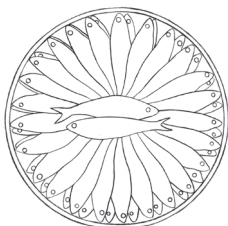
RICHARD SIKEN

CRUSH

Prefacio de Louise Glück

*Traducción del inglés
de Juan Gallego Benot*

Prólogo de Lucía Lijtmaer



BARCELONA | 2023

ULTRAMARINOS, 28

Dirección editorial: Unai Velasco

«Una vez que los marinos aprendieron a abandonar las costas y a navegar intrépidamente en alta mar, conscientes de que no se aproximaban a un mar tenebroso sino a una tierra muy parecida a la que habían dejado atrás, el océano se convirtió en un medio para unir los continentes más bien que para separarlos.»

CLIVE DAY, *Historia del comercio*

PRÓLOGO
LA MASACRE
Lucía Lijtmaer

¿Te acuerdas?

Eso es lo más importante de *Crush*, de Richard Siken. Esa pregunta: ¿Te acuerdas realmente de lo que significó? No importa mucho de lo que esté hablando, la cosa en sí es lo de menos, lo importante es el tono y la dirección de la pregunta. Siken realiza esa pregunta primal y el lector se estremece. Porque no hay pregunta más importante y no hay apelación más directa.

La obra de Siken te interpela directamente, lo más importante es ese tú al que se dirige. Todo varía en la poesía, menos el tú. A veces esa segunda persona es el protagonista mismo del poema, en otras ocasiones es el destinatario de un amor, en otras, el verdugo de un deseo feroz, pero ese tú, ese «otro», se revela siempre como un ser fantasmático, un ectoplasma presente, la más precisa destilación del rival al que escribimos. Porque Siken es sincero: siempre le escribimos a alguien concreto, de la misma manera que, como decía Beryl Bainbridge, toda obra es autobiográfica, salvo que algunos le añaden un muerto al principio del libro y otro al final.

La poesía de Siken se ha convertido a lo largo de los años en una de las más relevantes y populares en las redes sociales. Tiene hasta su propio bot en Twitter, que publica fragmentos de sus libros puntualmente, cada hora. Muchos de sus fans usan frases de sus poemas para complementar memes o fanfiction, en ocasiones sin saber que el autor está vivo y que en más de una ocasión lee esas creaciones con regocijo. ¿Qué tiene la palabra de Siken que conecta de tal manera con la juventud contemporánea? Él sostiene, con cierta dosis de humor autocrítico, que es porque su poesía es «triste, depresiva y llena de anhelo». Pero sin duda hay mucho más que eso.

Quien leyó *Crush* por primera vez lo recuerda. En mi caso, fue el poema «Sherezade», que encontré en algún tumblr lleno de fotos de

chicas tristes, con las rodillas lastimadas, y que miraban por la ventana. Un tipo de estética deudora de *Picnic en Hanging Rock* y la fotografía de William Eggleston que estaba muy en boga en 2005. Me acuerdo con claridad del momento de la lectura y la petición del narrador, que en mi cabeza sonaba así: Por favor, cuéntame de aquel momento, aquel en el que éramos felices y bailábamos al amanecer, cuéntame de todo aquello. Las imágenes se formaban con enorme potencia en mi cabeza: podía ver la luz miel de la primera hora de la mañana, los cuerpos tendidos, y un pasado lleno de fruta fresca y posibilidades futuras que pudo cumplirse, o no.

Esa apelación a un otro desaparecido, pero presente, seduce desde el primer contacto. A través de las imágenes yuxtapuestas —no olvidemos que Siken, además de poeta, es pintor—, las palabras generan una serie de pentimentos, de ese otro (al que intuimos muerto) destinatario de un amor inolvidable al que se le superponen capas y capas de colores y significado que enganchan al lector, que se siente inmediatamente apelado. El lector es seducido por un canto de sirena que viene de las profundidades de un lago negro, para alzarse como las brujas del agua, las rusalkas, a reclamar las almas vivas para el averno. Al fin y al cabo, ¿qué es una sirena, sino una letanía que, como dice en un poema Margaret Atwood, te lleva a la muerte, pero funciona toda y cada una de las veces?

Siken se ha descrito a sí mismo como un cartógrafo: no le interesan tanto las palabras en sí por lo que significan como lo que significan cuando están en un lugar concreto. No es casual que considere que su obra es deudora de la de Frank O'Hara, una obra poética de la mirada en la que la identidad de una cosa o una persona —en O'Hara, una naranja, en Siken un exnovio llamado Jeff— se definen por su contexto, por el narrador y por el lector. La voz poética es un caleidoscopio de significados, que se trazan a través de la página como un mapa propio.

El cuerpo lo es todo, su piel, su carcasa, pero también su interior, su sucio y limpio interior, su incólume interior. Cazador y presa son lo mismo en un libro sobre el deseo, sobre la historia del deseo, sobre la imposibilidad de sobrevivirlo. En ese sentido, el amor para Siken

es el resultado de una masacre, de una carnicería. El que devora gana, el que se queda con el hueso gana, y es una cuestión de vida o muerte, de lucha entre iguales, pero también de mirarse realmente al espejo y contar lo insondable de la necesidad del otro, de la búsqueda de seguir adelante pese a todo, de la demostración de que no hay nada más cercano y a su vez más ajeno. En ese mundo marcado por los límites —la cartografía, una vez más—, lo único que separa al ser humano del otro es la piel, el único límite posible. Ante esta certeza, Siken explora, como tantos otros poetas, la relación del ser humano con la naturaleza, y es implacable: todos estamos atrapados y limitados por nuestra propia piel y, como él mismo indica, por la ley de la gravedad. En Siken la naturaleza es depredadora, el deseo es peligroso y la física de los cuerpos ineludible.

Crush es un libro popular y que apela directamente porque lidia con el antes y el ahora en el amor. El presente y el pasado se juxtaponen y eso es doloroso, pero también inevitable. Y es a partir de esa cicatriz, esa serie de señales sobre la piel que funcionan como mapas, que volvemos una y otra vez sobre la herida traumática que no se cierra: ¿Te acuerdas? ¿Sí? ¿Te acuerdas de verdad?

CRUSH

SHEREZADE

Cuéntame ese sueño en el que sacamos los cuerpos del lago
y los vestimos con ropa seca.

Lo tarde que era, y nadie podía dormir, y los caballos corrían
hasta olvidar que eran caballos.

No es como el árbol, cuyas raíces finalmente se detienen,
es más bien como una canción que suena en la radio de un policía,
cómo enrollábamos la alfombra para bailar, y los días
eran de un rojo brillante, y cada vez que nos besábamos había otra manzana
que cortar en pedazos.

Mira la luz a través del cristal. Quiere decir que es mediodía, quiere decir
que somos inconsolables.

Cuéntame que todo esto, y el amor también, nos destrozará.
Estos, nuestros cuerpos, poseídos por la luz.

Cuéntame que nunca nos acostumbraremos.